

## Marnús

Si existió un país extraño ese fue Marnús. No crean que miento, no, sino, escuchen esta historia. Marnús hubiera sido un bello país, quizás el más bello del mundo si no fuera por esos hilos. Los hilos estaban por todos lados y ataban a todo el mundo. Cada habitante de Marnús vivía atado por unos hilos fuertes y resistentes.

¿De dónde venían esos hilos? Nadie lo sabía con certeza. Algunos pensaban que los manejaba un enorme monstruo más allá del cielo. Otros estaban convencidos que una supercomputadora los había creado en un pasado remoto. Había algunos Marnucienses que ni siquiera se hacían la pregunta. Tantos siglos de hilos los habían convencido de que los habitantes de Marnús eran así; tenían piernas, brazos, corazón, cabeza e hilos..

Esto no hubiese sido un problema si no fuera porque los hilos eran de lo más caprichosos. Al parecer, decidían lo que cada Marnusiense podía hacer. Si un Marnusiense quería algo con muchas ganas, los hilos empezaban a tironearlo y no lo dejaban tranquilo. Para colmo de males eran de lo más celosos. Si los Marnusienses deseaban juntarse y divertirse, los hilos tironeaban y tironeaban.. Así... tironeo por aquí, molestia por allá, los Marnusienses se limitaron a cumplir las Exigencias de sus propios hilos, que para los niños eran débiles pero a medida que iban creciendo se ponían más rígidos, y cada vez les permitían menos cosas. Los campos ya no se sembraban, las aulas se vaciaron de niños. Marnús se volvió triste, pobre y silencioso. Y hubiera seguido así, si no fuera por lo que pasó ese día. Muchas historias recuerdan lo sucedido, unas cuentan una cosa, otras dicen otras distintas.. en fin, yo les cuento la que me parece la más bella. Cierta tarde la barrita de quinto grado de la escuela se había juntado en el baldío de la vuelta. Había que ser valiente para juntarse ahí. Piedras, latas oxidadas, vidrios puntudos, basura... no faltaba nada. El baldío era una real inmundicia. Los chicos iban ahí no porque les pareciera lindo sino porque no tenían otro lugar para estar. En Marnús no había plazas para que los chicos jugaran, solo baldíos. A Iguna vez los Marnúsinos se habían propuesto hacer un bello parque para sus hijos, pero los hilos tiraron tanto y tanto que no pudieron siquiera llegar a la carretilla y a la pala. Los chicos estaban reunidos y al parecer por el murmullo que se escuchaba estaban bastante enojados:

- No puede ser -se quejaba Sonia- estos hilos cansan. . .

-Sí, -agregó Esteban- tironean demasiado. Yo no puedo acostumbrarme.

-¿Tironean? ¡A busan dirás!- La voz ronca era la de Ariel, un muchachito de 10 años, que estaba muy enojado porque había intentado invitar a Micaela a tomar un helado y los hilos lo habían mantenido en su casa. -Me pregunto, me requete pregunto ¿hasta cuándo vamos a permitir que estos hilos nos gobiernen?-los chicos miraron sorprendidos a Soledad, que lanzó la pregunta como un rayo. - ¿No es hora de que hagamos algo? - Sí- Tenemos que cortar con esta situación- dijo decidida Micaela ¿Cortar? ¡Cortar! ¡Que gran idea!- la voz de Ariel se escuchó mas fuerte y un poco más ronca. Tenemos que cortar los hilos! El murmullo se volvió alboroto. Algunos compañeros con cara de espanto comenzaron a lamentarse: - ¡Estás loco! ¡No podemos cortarlos! ¿Sabes lo que pasaría si lo hacemos? Desde que nacimos nos lo han explicado. ¿Cómo te atreves siquiera a pensarlo? Ariel se quedó en silencio pensando en las historias del abuelo Jorge... Un inmenso perfume a glisinas se le metía siempre en el corazón cuando las recordaba. ¡Qué sensación más extraña! El abuelo se entusiasmaba tanto contándolas que sus ojos se volvían brillantes como el filo de la tijera que la abuela guardaba en el cajón del escritorio. Ariel las escuchaba fascinado en el jardín de la casa, un pequeño paraíso lleno de flores y enredaderas que su abuelo había conseguido hacer nacer. Ariel pensaba que probablemente los hilos del abuelo estuvieran flojos ya, un poco por los años y otro poco por su carácter. El abuelo siempre tironeaba y tironeaba, nunca había dejado de pelear con los hilos.. y las historias tenían que ver mucho con esas peleas. Ariel había descubierto que cuando el abuelo contaba las historias, las palabras subían apuradas por las enredaderas del jardín... ¡Marnúsinos con ideas! -decía el abuelo y las letras se colaban entre el jazmín del país. - ¡Cantos, gritos y cortes! -repetía y las letras potentes se entremezclaban con la pasionaria. -Remiendos..

Basado en "La familia de la sogá" de Graciela Montes  
Por Silvia Storino